

Alerce

Año 5, N° 52, diciembre de 2018. Director: David Hevia

Arauco tiene una pena

El mundo de las letras no ha permanecido indiferente ante el asesinato del comunero mapuche Camilo Catrillanca, triste episodio de una historia que acumula, como dijera Violeta Parra, *injusticias de siglos*. Compartimos aquí los poemas que dedicaran al joven muerto en Ercilla Eduardo Embry y Raúl Zurita.

Camilo Catrillanca

Mi pluma salta del tintero, se derrama la tinta en la mesa, el cielo se llena de manchas, el cielo pone la mano para que no, para que no, para que la bala no penetre en el cielo: el joven mapuche arriba de un tractor cae como un tronco lleno de ramas, cae como si todo el cielo se fuera de bruces, cae como si la cocina de todos los restaurantes del mundo dentro de las cacerolas se fueran rodando, o como si los perros, el caballo y su jinete, mordieran el cielo de pura rabia; Camilo Catrillanca ya lo está soñando, a ver quién responde por sus sueños, a qué ángel maldito vas a recurrir, a ver, a ver, capitán general, sal a pelear de burla o de veras, saca tu pistola, huevón, mátame, cuando el peso de la naturaleza caiga sobre el monte, el monte, de arriba abajo romperá sus vestiduras, cuando el joven mapuche que nunca y nadie de ningún ejército invasor ha querido morir, no morirá abatido por las balas; cuando llegue la democracia, cuando la vida comience otra vez en el fondo de los océanos, cuando los microorganismos, muy, pero muy pequeños comiencen a dar vida a la medusa y la medusa se endurezca para dar origen al primer caballito que en sus orígenes no era más grande que un perro volando por estos valles; entonces, cuando 350 mil financistas que atraviesan el puente de la City de Londres, dividen, suman, multiplican el número de habitantes que hay en la tierra por el número de estrellas, sin trabajar a nadie, hacen millones y millones, engordan a unos pocos millonarios; y a la misma hora que mi

pluma salta del tintero, se derrama la tinta en la mesa, y el cielo se llena de manchas, los invisibles se hacen visibles, los que limpian los coches ajenos, los que sacan brillo a las oficinas, atraviesan el puente de la City de Londres, cantando el mismo sueño de Camilo Catrillanca: cuando todos seamos realmente libres, los cañones oxidados, los fusiles trancados, las ametralladoras desvanecidas, viejas y ciegas, a la hora del té hablarán de sí mismas como herramientas obsoletas, arrepentidas de haber traído de Simanca a las tierras de Arauco: el paludismo, la lepra, la tifoidea, la tos ferina, el sarampión, la viruela, la sífilis, las ratas y los piojos.

Eduardo Embry

El horror continúa

EL HORROR CONTINÚA
EL ASESINATO DE CAMILO CATRILLANCA PERPETÚA
TODOS LOS CRÍMENES, LOS REPITE CON MAYOR
FEROCIDAD EN EL PUEBLO MAPUCHE
¡ASESINOS! ¡ASESINOS! ¡ASESINOS!
PRESIDENTE, ¿CUÁNTOS LES FALTAN POR MATAR
TODAVÍA? CON ESTE ASESINATO LA DEMOCRACIA SE
TRANSFORMA EN UNA MASCARADA SANGRIENTA, EN
UN DISFRAZ LLENO DE SANGRE
EL ESTADO DE DERECHO ES SOLO UNA CARETA QUE
OCULTA Y PERPETÚA A LOS CRIMINALES. NO HAY
DEMOCRACIA, NO HAY DERECHO, NO HAY JUSTICIA,
SOLO HAY CRÍMEN Y HORROR. FRENTE AL ASESINATO
DE UN HOMBRE ESAS PALABRAS SON OBSCENAS,
PODRIDOS ESCUPITAJOS.
SOLO HAY CRIMEN Y HORROR.
LAS BANDAS ARMADAS DEL COMANDO “JUNGLA”, POR
ESTE CRIMEN DEJARON DE SER AGENTES DEL ESTADO
PARA SER ASESINOS AL SERVICIO DEL ESTADO, Y MIL
VECES MÁS ASESINOS QUE LOS ASESINOS QUE SE
CEBARON CON SANGRE EN LA DICTADURA.
¿A QUÉ PAÍS QUIEREN LLEVARLOS LOS CRIMINALES,
LOS SANGUINARIOS? ¿ESTE ES EL PROGRESO? ¿QUE
LAS BANDAS ARMADAS ATAQUEN A LAS
COMUNIDADES Y ASESINEN A MANSALVA A LOS
COMUNEROS?
¿ES ESTE EL DIÁLOGO CON LA ARAUCANÍA MINISTRO
MORENO? ¿ES ESTE SU NUEVO PAÍS PRESIDENTE
PIÑERA? ¿SOLO SANGRE Y MÁS SANGRE? ¿SOLO
SANGRE Y MÁS SANGRE? ¿SOLO SANGRE Y MÁS
SANGRE?
CHILE, LEVÁNTATE, NO DEJES QUE MATEN A TU
GENTE.
Y AHORA QUE SE DECLARE DUELO NACIONAL, QUE
TODOS LOS EDIFICIOS PÚBLICOS PONGAN SU
BANDERA A MEDIA ASTA. QUE EL CONGRESO
NACIONAL PONGA SU BANDERA A MEDIA ASTA Y QUE
LOS PARLAMENTARIOS SESIONEN CON CRESPONES
NEGROS EN SUS BRAZOS. QUE EL ROSTRO DE CAMILO
ESTÉ EN TODAS LAS ESTACIONES DE METRO, EN LAS
VALLAS PUBLICITARIAS, EN LAS SALAS DE EMBARQUE
DE LOS AEROPUERTOS.
QUE SU ROSTRO DE 24 AÑOS CUBRA EL HORIZONTE.

Raúl Zurita

NARRATIVA

Infra

Observo a mi alrededor. Busco desesperada una puerta, un cerrojo, una ventana, un pasadizo, una apertura, un agujero negro. Todo espacio me sirve. Intento huir. Aún no lo consigo.

Allí está. Frente a la puerta, justo del otro lado, una figura inexpresiva comienza a moverse. Cada vez más nítida. El metro se acerca a la estación y estoy segura de que el vagón seguirá su curso normal. Pero no. Se detiene y mi cuerpo queda frente al de ese hombre. Cientos de personas comienzan a descender hasta que se desocupa un ala pequeña del vagón. Son hormigas. Somos vinchucas. Somos garrapatas, atunes, baratas, sanguijuelas. Soy una hormiga o una cucaracha obrera. Puedo divisarnos dentro de este laberinto de vidrio repleto de Adidas y “Milo te hace grande”. *Disculpe, me da permiso. Disculpe. Oiga, espere. Mierda.* Todo igual. Me quiero ir a mi casa. De pronto, dándole la espalda a aquella ensordecedora multitud de rostros desconocidos y cansados, siento que alguien me mira. Me observa de arriba... No, de abajo hacia arriba. Nerviosa, pienso en mi juventud. *¡Ay! que lata. No sé si ponerme otra vez esta ropa. Bueno, y qué. A mí me gusta. ¡Uy, el viejo este!* Me estremezco. Me ardieron los ojos. El agudo sonido de las ruedas en los rieles me dejó sorda y no puedo sostenerme muy bien. Una vez más en viaje. Una nueva estación y las puertas otra vez se abren. Al bajar, percibo el beige de su gabardina. No distingo su rostro, sólo puedo vislumbrar su pelo negro y la inseguridad de su andar. Es extraño. Todos lo miran. Es extraño. Creo perderlo al penetrar en ese espacio hecho de niños, escolares, universitarios y oficinistas que nadie conoce, pero que andan con cara de famosos. Santiago es un laberinto. *¿Lo conozco?* No. El desconocido sigue ahí. Sé que me mira, pero me hago la desentendida, la tonta. Él no se da por vencido y yo apuro el paso, asustada. *Esto ya no me gusta.* Una luz enceguedora turba mis ojos, haciéndolos llorar. Comienzo a correr. Me preocupa el hombre que me sigue. Mis piernas tiemblan. Él sigue ahí, observándome. Trata de alcanzarme entre la multitud. *¡Ay, no! ¡Ah!* Respiro profundo. *Cálmate, no es nada, solo coincidencias. Acércate a alguien, pide ayuda.* Ahora comprendo que me sigue y que no es casualidad que ambos nos hallemos en el mismo sitio. *Pronto llegaré a mi hogar. Por alguna extraña razón este viaje se me ha hecho eterno. Estoy asustada y hambrienta. ¿Qué hora es? ¿Y los guardias, y los de chaquetas amarillas? Mi reloj marca las seis treinta de la tarde. Aún es temprano. Espero que el metro sea rápido. Los guardias no están. ¿Dónde están? El hombre sigue tras mis pasos.*

Estoy sola. Tengo que salir de aquí, perderme entre la gente y escapar, pero no hay un alma. *¿En el metro?* El sujeto continúa su persecución. Ahora, con una sonrisa aterradora, aquel individuo disimula sus nefastas intenciones. No puedo escapar. *¡Maldición! ¿Por qué a mí? ¡Ay, Dios, siento todo lo que he hecho. No dejes que me pase nada! Mejor no me muevo, no debo salir del vagón. Aquí estoy segura.*

Súbitamente, el agudo sonido se esparció por el túnel, mientras el temblor producido por el comienzo del viaje activó los huesos de los más de trescientos mil seres que, asfixiándonos, queríamos vivir. Deseábamos respirar el mismo oxígeno. Afuera, el calor se hacía insoportable. Silenciosas figuras transitaban, raudas, entre los pliegues metalizados de esas barreras esclavizantes que nos hacían caminar como ratones tras el pedazo de queso. *¿Quién se ha llevado mi queso? Ja. Tu jefe.* Me concentro. El hombre se ha perdido. Comprendo que todo ha sido una estupidez nerviosa, paranoica. Me tranquilizo. Es en ese instante cuando siento la delicadeza realista del paisaje costero. Espuma blanquecina roza la planicie de mis pies cansados y un delgado horizonte se extiende eterno hacia una playa desierta. Solo estoy yo y mi gato jugando con la arena. Todo es gris, excepto ese mar azulino verdoso que nos refresca. *No te vayas, lindo mar. No te vayas suavemente arena. No te vayas... hermosa pintura de la estación del metro.*

Me concentro otra vez. Se da comienzo a la partida. Y, al iniciar su travesía, algunos destellos cruzan mis ojos rasgando el contorno de mi pupila dilatada por la falta de luz. Otra vez el túnel. Me detengo en medio de un movimiento constante, mientras rítmicamente el suelo danza al compás oscilante de un estruendoso vaivén. Me pierdo. Siguiendo ese trozo de espacio que me da la ventanilla, observo los efectos rojizos de las luces en la oscuridad. Alzo la cabeza y contemplo el efecto espaguete curvándose tras el oscuro vidrio. Pronto me percató de que la próxima estación está cerca. *Todo está bien. Baje cuidadosamente del tren. Sí, descienda lentamente. Tenga cuidado, señorita, que puede dañarse. Ay, gracias. ¿Se siente bien? Siéntese aquí al lado de la ventana para que pueda refrescarse... ¿En serio? Gracias. Quiere tomar una bebida. Sí, qué*



amable. Mi mundo es perfecto, pienso, hasta que simultáneamente, las puertas comienzan a abrirse. En mi rostro se dibuja la misma sonrisa irónica de siempre:

—¡Oiga, fíjese por dónde camina! —dice una mujer escondida entre centenares de cabezas multicolores, comenzando la pelea vespertina por descender del tren. *Al descender, tenga cuidado con la separación que existe entre el tren y el andén.*

—¡Bueno, pero no empuje! —responde, desde el otro extremo de las matas coloreadas, una voz femenina con tono agresivo e intimidante. Esta vez, una voz tembleque y varonil trata de calmar la situación:

—¡Y más encima andan estresados! No se estresen, chiquillos, estamos todos cansados.

—¡Y qué se mete usted. Muera pollo no más! — responde alguien. *Al descender, tenga cuidado con la separación que existe entre el tren y el andén.*

Mi sonrisa crece. Cerrando las puertas, los de chaquetas fluorescentes se alejan del tren, dejándonos a nuestra suerte. Los caminantes continúan su molesta y profana peregrinación, la voz silenciada se pierde en medio de la muchedumbre. El hombre viejo con cuello de pollo y hombros delgaduchos, sigue observando los destellos a través del vidrio. La mujerona se bajó en la estación anterior.

Mi reloj marca las nueve. Me duele la cabeza, siento que se desprende de su centro con cada parada. *¡No, otra vez!* Allí está él. Aquella imagen temblorosa y movediza, me aterroriza. El hombre me sigue desde lejos, sigilosamente. Escucho la apertura de puertas, me dirijo hacia el último vagón. Hay asientos vacíos. Utilizo uno. Tapo mi rostro simulando dormir. Esperando perderme entre los pocos humanos que a esa hora de la noche transitan en el subsuelo. Vigilo al desconocido que me ha seguido hasta este mismo vagón. Es una pesadilla. *¿En qué minuto ocurrió esto? Estoy asustada. Sólo es eso. El hombre quizás vive cerca. Tal vez es mi vecino. ¡Ay, no! No. Allí está. ¿Qué hago? Me duermo. No, no. Que no se siente allí. Ándate. Por favor, por favor. Cresta.* Puedo observar detenidamente el verdor de sus ojos dormilones. Parece inofensivo. Turbado, el desconocido observa mi rostro con detención. Horror. Quiero cambiarme de asiento pero su mirada lo impide. *¡No, Dios, por favor, no dejes que muera en manos de este psicópata! Por favor. No quiero morir. ¿Entrego el reloj ahora? No te bajas. No te bajas.* Ningún pasajero en ese vagón. Solamente el psicópata, yo, el movimiento terrorífico del tren y mis deseos de no haberme subido jamás al Metro forman la escena de aquel acto espantoso. De pronto, una brisa fresca recorre mis breves mejillas. Oigo el choque del mar en las rocas, siento la sal en mi boca. Cierro los ojos. El intruso también los cierra. Siente el viento en su rostro. *Ahora sí que es psicópata. Lo sé. Quiere matarme. Me mira para intimidarme. Quizás me abandone en algún lugar de Santiago donde jamás me podrán encontrar.* Nuevamente las olas transportan mi cuerpo hacia un lugar mejor. La espuma, una vez más me ayuda a refrescarme. Me detengo a observar aquel paraíso costero desde mi ventana sideral. El mar parece en calma y tranquilo. Deseo escuchar el lenguaje marino, mientras mis pies sienten el frío del pacífico ensoñado. Gélido, costero, propio.

Despego un ojo. Él abre el contrario. Mirándome, intenta decirme algo. Se acerca, pero de un empellón lo alejo. Corro por mi vida, mi reloj y mi bolso. Son las siete de la tarde y aún no salgo del Metro. *¿En qué momento entré en él?* Al llegar al último vagón contrario, esperé que los escasos pasajeros bajaran para perder al desconocido. *Estación Los Héroes, lugar de combinación con línea dos.* Traspasé toda barrera humana y me introduje en un tren con dirección a mi hogar. *¿Pero hacia dónde iba? ¿Y si este hombre me siguiera hacia donde me dirijo?* El hombre había desaparecido. Por fin estaba a salvo. Llegaría a mi casa y podría contar y recordar lo sucedido como un mal sueño. *Quizás mi papá con su tranquilidad de siempre me despierte. Mañana será otro día. Es horrible todo esto. Llevo no sé cuántas horas en este Metro y no he salido a la superficie. De película. Esto debe saberlo mi mamá. Iré a los carabineros antes de llegar a la casa. Y antes de salir de aquí, iré donde los guardias del Metro. Todo estará bien.* Al descender, el alma me pertenece una vez más. Mi hermoso reloj marcaba las diez y quince de la noche. *¿Aún lo conservo? Suerte.* Estaba cansada de esta odisea espeluznante. Bajé las escaleras y, esperando pacientemente el bus con dirección a San Bernardo, me di cuenta de que mi teléfono celular había desaparecido. Era una lástima, aunque todo me parecía entretenido, comparado con la travesía de mi encuentro con el psicópata.

Cuando el bus se detuvo, el viento desordenó mis cabellos y un ligero estremecimiento me envolvió. Aquel ámbar de nubes anunciaba el vendaval que se produciría minutos más tarde. Algunas hojas se desprendieron de los árboles mientras caminaba en dirección a mi hogar. Incógnitos transeúntes trotaban dirigiéndose a cualquier parte con las manos cubriendo sus rostros. El escenario era realmente tétrico. Recordé

algunos cuentos de terror que leí cuando era pequeña. Sonriendo, me detuve en el portón de mi casa. Suspiré profundo. Un temblor me sacudió el corazón y unos deseos de escapar se apoderaron de mis pies cansados. De pronto *¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah! ¡Noooooooooooooooooo!* *¡Dios, Dios. Dime que no es cierto!* Allí estaba. El psicópata del Metro estaba en mi hogar sentado a la mesa con mi madre. Ella sonreía. Era terriblemente aterrador. Comencé a sollozar, luego no contuve mis lágrimas. Tratando de dirigirme una vez más la palabra, el sujeto de ojos cansados y gabardina beige, cogió mi mano, deteniéndome fuerte por la muñeca. El tiempo se detuvo. Algo dijo mi madre. Algo musitó el desconocido. El hombre comenzó a moverse tranquilo e inseguro. Sus húmedos zapatos expedían un aroma extraño, agreste, intimidante. Palidecí. Creo que vomité. Una broma me jugaba el destino y no me quedaría para averiguarlo. Corrí. Me detuve en la parada del autobús. La intersección de la Gran Avenida me recibió con sus brazos abiertos. El Metro estaba a punto de cerrar.

Fuera, un temporal caía estrepitosamente y decenas de charcas se apoderaron de la avenida en menos de un segundo. El viento azotaba el rostro somnoliento de los últimos transeúntes que cruzaban la calle. Algunas gotas de sudor se confundieron con la llovizna. Deseaba estar en el interior de la tierra. *Estación La Cisterna. Lugar de combinación con línea cuatro.* Súbitamente, un agudo sonido se esparció por aquel túnel infinito, mientras el temblor producido por el comienzo del viaje activó los huesos de los últimos sobrevivientes noctámbulos, que, al igual que yo, escapaban de una pesadilla.

Daniela Pinto

Fellini ha muerto, viva Fellini

Podría estar en la iglesia, sin embargo, me encuentro en el cine. *La Strada* logra que renuncie a la misa del atardecer porque amo las películas de Fellini.

Marta, una amiga, dice que paso la vida entre cuatro paredes. ¡Qué sabe Marta! En sueños y en el cine, recorro el mundo entero y esta sala nunca vio tantos lugares como yo. Las murallas se caerían si de golpe irrumpiesen galopando mis quimeras para teparle la boca a Marta, que cree que paso las horas en la capilla. Claro que el domingo asisto a misa en la mañana y también por la noche, pero hay cosas que ni las más íntimas amigas llegan a conocer. Solo yo tengo la explicación de estos afanes religiosos.

Cuando Marta va a casa habla mucho. Ella siempre estudia algo, y creo que lo hace para tener de qué conversar. No es como una que cuenta de su vida.

Para Marta soy una dueña de casa que atiende al marido y va a la parroquia, pero ni siquiera adivina que hay días distintos. Me levanto muy temprano y limpio todo rápido. Después arrastro el cuerpo hasta una micro y en el centro de la ciudad lo primero que hago es ir al cine. Cuando termina la película, olvido los achaques y regreso de veinte años. Compró algo por si tuviese que explicar mi ausencia, aunque sé que no hay peligro porque Daniel almuerza en el trabajo y los nietos a veces vienen a desordenar la rutina de algún sábado con su música estridente, tiñendo de risas la vieja casa donde vivo con Daniel.

Cerca de las siete de la tarde, entro al cine. Busco un asiento. Sola en la oscuridad, enfrento a Zampanò, que mira desde la pantalla con ojos fieros. No es la primera vez que veo a Anthony Quinn. La verdad es que cuando éramos jóvenes fuimos una pareja feliz pero me casé con Daniel.

Zampanò es gitano y a su lado está la diminuta Giulietta Massina. Él hace trucos con una cadena, mientras Gelsomina toca un tambor y la gente ríe. Nadie ríe en el Purgatorio. Quiero estar poco allí y rezo hartó. También trato de ser buena. No es broma que a una le caigan mil años de castigo cada domingo que falta a la iglesia. Saqué cuentas y tengo millones de años en el Purgatorio. Por eso asisto a los oficios religiosos sin fallar, hasta hoy.

El carromato se va del pueblo y Gelsomina está triste porque cada movimiento la aleja de un mundo tan minúsculo como ella, pero que es suyo. Un rincón de mar y bosque que dispara árboles al cielo.

Creo que tenía dieciocho años cuando fui a Cartagena para conocer el océano. Él rozó mis piernas y lo perseguí. El manotazo brutal de agua me dejó con un susto mojado en el corazón.

Gelsomina abandona a Zampanò. A él no parece importarle mucho. Es un desgraciado y sigue bebiendo su vida licenciosa como Daniel. De nada valieron los llantos; él olvidó las promesas que hizo cuando nos casamos. Todos los hombres son iguales. Recuerdo cuando quería que le encendiera un cigarro y dos minutos más tarde gritaba “¡Mariana!”, y era para pedir café o un vaso de agua porque la sed lo mataba.

Tenía hinchazón en los oídos con tanta orden, aunque reconozco que tuve la culpa porque dejé que me tratara como una cosa.

Será un problema regresar tan tarde. Nunca llegué después de las nueve de la noche, pero hoy es diferente.

No imaginé este final. A Zampanò se le derrumba todo. Me quedo a ver la película de nuevo. Tengo mucho tiempo ahora.

El gitano busca a alguien que le ayude en su trabajo de artista ambulante y entonces encuentra a Gelsomina, que es un poco fea, un poco chica y un poco boba.

La casa de la mujer ya está lejos, sin embargo, para mí no; la tengo clavada en los ojos. Es como si caminara por sus piezas y conozco las puertas y ventanas que se abren para que entre un olor a bosque, que no es solo de Gelsomina. Esos árboles sirven para albergar a un ave solitaria, que alguna vez estuvo acompañada y es infinitamente libre en este instante.

Parece que hace frío en el carromato. El viento muerde las orejas como un amante que hace olvidar lo desagradable y sumerge entre sus brazos acercando el pecho donde late ese tambor que una muchacha toca para que el público ría.

El mar furioso que hizo sangrar mi sexo virgen ya no está. Quedó atrás cuando el gitano y la muchacha se fueron. Ahora aparece el lago, hace una olita incapaz de aplastarme. Puedo contaminar sus aguas con los papeles de caramelo que como a cada rato. Suenan cuando los retiro del dulce. Alguien se molesta con el ruido, igual que Daniel. Tenía que caminar descalza cuando él dormía.

¡Tantas noches de hielo! El frío se va. Una brisa corre por el paisaje que atraviesan Zampanò y la joven. El perfume de las flores es tan agradable; muy diferente al de los velorios.

El sol, suspendido de un cielo que aún no se decide a ser azul, calienta los huesos de Gelsomina. Aguarda durante horas al gitano que se fue con otra, una mujer hermosa. Ella quiso acompañarlos, pero partieron riendo de su ingenuidad, y ahora espera en ese pueblo que no es suyo, próxima al llanto, y tal vez las lágrimas habrían caído si no hubiese descubierto la cascada. Siento el susurro del agua. Duermo un poco con el olor a tierra mojada traspasándome. Estoy sorprendida de que pueda ser tan agradable, sobre todo si es tierra que cubre lo odioso.

Los sollozos de Zampanò me sacan del letargo. Prorrumpe en llanto porque Gelsomina quizás murió. Levanta sus manos con desesperación hacia la noche estrellada.

Entonces salgo anónima entre los espectadores. Siento que el abrigo negro aplasta mi cuerpo. Pienso llegar a casa y guardarlo en el rincón más apartado del ropero. Alzo el rostro, miro al cielo y sus miles de ojos brillantes. Sonríó como Gelsomina.

Emilia Páez



Giulietta Masina, retratada por Jos van der Vleuten.